ÍNDICE

PRIMER PREMIO

El Paraíso	
<i>Jesús Ferrero</i>	1

ACCÉSIT AL ESTUDIANTE UNED

Sol ardiente de junio	
<i>Edna López Hernández</i>	21

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

La vulgaridad insoportable	
<i>José Javier Moreno Sánchez</i>	45
El viejo maquinista	
<i>Nicolás Meta</i>	73
La mala suerte de Julián Serna	
<i>Rafael de la Fuente Rodiel</i>	89
Tres colores	
<i>María José Blasco Moreno</i>	115

BIOGRAFÍA

JESÚS FERRERO. Zamora (diciembre 1952).

Pasa su infancia en Guipúzcoa, su adolescencia en Pamplona y su juventud en París, en cuya Escuela de Altos Estudios se licenció en Historia.

En 1981 publica *Bélver Yin*, con la que obtiene el premio Ciudad de Barcelona de 1982. A esta, su primera novela, le siguen *Opium*, *Lady Pepa*, *Débora Blenn*, *Alis el Salvaje*, *Los reinos combatientes*, *El secreto de los dioses*, *El efecto Doppler*, *Amador o la narración de un hombre afortunado*, *El último Banquete* (Premio Azorín, 1997), *El diablo en los ojos*, *Juanelo o el hombre nuevo*, *Ángeles del abismo*, *Las trece rosas*, *Las fuentes del pacífico*, *El beso de la sirena negra* y *Balada de las noches bravas*, así como el poemario *Las noches rojas* (premio internacional de poesía Barcarola).

En 2009 gana el premio Anagrama por su ensayo titulado *Las experiencias del deseo*, y en el 2011 el premio Fernando Quiñones con *El hijo de Brian Jones*, novela recientemente publicada y que está ambientada en Nueva York.

Una noche confusa y terrible en la que me veía sumido en la desolación, a un paso del Infierno, ya que no en el Infierno mismo, tuve acceso a la región de los benditos.

Era el mes de noviembre, afuera la nieve fina y cortante formaba remolinos de tiniebla blanca más allá de mi ventana, y el fuego de la chimenea estallaba como un rosal en llamas dibujando figuras espectrales en la tibia oscuridad. Yo esperaba ansioso el alba cuando, en medio de la agitación mezclándose diabólicamente

con el silencio, me vi conducido por una figura extraña, a través de abismos de agua y de fuego, hasta el lugar más benigno que he conocido jamás.

De pronto me vi transportado a una comarca conformada por una sucesión de jardines colgantes y escalonados, muy acogedores todos ellos, llenos de fragancias vegetales y quioscos de mármol blanco, a la sombra de los árboles poderosos y fraternales como los cedros del Líbano y los tilos de Suavia.

Había en aquella región paradisíaca muchas huríes, pero no eran sin embargo rubias. Todas eran morenas y de ojos verdes. Aquellas damas resplandecientes no solo eran inmensamente hermosas, eran también transparentes como agua de manantial, y de una sensualidad prácticamente infinita. Muchas mujeres que

EL PARAÍSO

por haber sido muy piadosas en su vida llegaban a la región bendita, optaban por unirse carnalmente a ellas, en lugar de hacerlo con los muchos efebos radiantes que paseaban entre los árboles, ya que en el Edén no están prohibidos los hábitos que en otro tiempo condenaron a los habitantes de Sodoma y Gomorra.

Más no todo eran quioscos, árboles, fontanas y estanques en aquella dimensión tan traslúcida: también había bosques rumorosos de bambúes que brillaban al sol eterno de la tarde e interpretaban con el aire deliciosas melodías, y había lagos llenos de nenúfares, y peñascales de plata y ónice jalonados por rumorosas torrenteras, y praderas inmensas que comunicaban una paz profunda, y laberintos de boj de extensiones desmedidas, y alamedas oscuras para holgar y dedicarse

a los trabajos de Afrodita, y glorietas inmensas de cristal de roca de las que pendían lagrimones de jazmín y madreselva, y pérgolas de amatista, y galerías largas y frescas que desprendían fragancias tan embriagadoras como desconocidas.

Por todos esos parajes me perdí como un niño aturdido en la región de la fantasía, para acabar comprobando que la región más fascinante del jardín de los felices era un lugar al que llamaban la Rosaleda del Saber, ubicada en uno de los suburbios del inmenso vergel donde tenían cabida todas las venturas.

Nada más llegar a la Rosaleda del Saber me sentí profundamente ebrio por el perfume tan variado de las flores y por su extensión más allá de toda medida, pues la Rosaleda del Saber parecía no acabar nunca. Desde la colina en la que me ha-

EL PARAÍSO

llaba, colmada de rosas blancas y rojas, podía percibir una interminable sucesión de lomas llenas de rosas que iban a perderse a dimensiones que, de evocarme algo, sólo me evocaban el infinito.

Una voz interior, que parecía la más cercana a mi ser y a la vez la más lejana, pero que emanaba de mi más profunda intimidad, me decía que cada rosa contenía en sus apretados pétalos un universo de fórmulas, de claves, de pensamientos, y había millones y millones de rosas extendiéndose a lo largo de millones y millones de colinas. ¿Quién podía asimilar tanto conocimiento? ¿Quién podía albergar en su cabeza todo el esplendor de la Rosaleda del Saber? No era raro pasar más de diez años examinando las fórmulas, las claves, los signos y los números que ocultaba en sus pétalos cada rosa,

que bien podían albergar en sus pétalos más saberes y secretos que en el más amplio libro de la tierra. En realidad cada rosa era una inmensa biblioteca, entre millones de rosas igualmente densas y prodigiosas.

Un súbito mareo me transportó al fondo de mí mismo: veía mis propias moléculas formando universos parecidos a las colinas blancas y bermejas de la Rosaleda del Saber.

Temblé al sentir que de pronto mi ser era tan vasto y tan complejo como el lugar que me albergaba, temblé al sentir que también yo me perdía en el infinito, como las últimas colinas de la roaleda aquella más allá de todo límite y toda valoración.

Entonces respiré hondo y noté que toda la roaleda respiraba conmigo, que

EL PARAÍSO

estaba dentro y a la vez fuera de mí, que podía abarcarla con mis propias manos, súbitamente agrandadas, a la vez que ella podía abarcarme millones de veces a mí.

Luego cerré los ojos y me dejé poseer por todos los perfumes que llegaban a mí. Cuando los volví a abrir me hallaba en otro lugar del Paraíso, entre quioscos de mármol y muchos benditos y benditas que jugaban al ajedrez, platicaban amablemente, se besaban y copulaban con inocente placidez.

Allí nadie dudaba de que los jardines del Paraíso eran de una belleza imposible de expresar. Lleno de una felicidad de naturaleza casi intolerable y que no me cabía en la cabeza, me acerqué a dos seres que acababan de bañarse en un estanque colmado de lotos, a fin de que me informaran de todas las delicias y todas

las dimensiones manifiestas y ocultas del lugar.

Uno de ellos, de ojos traslúcidos y voz dulce y sedosa, me dijo que los primeros días, incluso los primeros años, los recién llegados al Paraíso se sentían como flotando en un universo de una belleza y una felicidad que ni siquiera se habían atrevido a imaginar.

El joven que acompañaba a mi interlocutor y que parecía su amante, asintió con la cabeza a lo dicho por su amigo y añadió:

—Lo que acaba de referirte mi compañero es totalmente cierto y quizá ya lo estés comprobando por ti mismo, pero también tengo que decirte que lo que al principio se siente como novedad radiante acaba desmoronándose ante el imperio de la costumbre, y es entonces cuando el

Paraíso empieza a mostrar su faz más infernal y aniquiladora.

—No sé si te entiendo —balbuceé con voz trémula.

—Me entenderás si te digo que aquí, en estas mismas pérgolas tan acogedoras, estuvieron Esquilo, Safo, Corina, Telesia, Platón, Sófocles, Plotino, Aspasia, Sabina, Erina, Alejandro Magno, Cleobulina, Teosebia, Hédila, Filina de Tesalia, Ánite, Confucio, Laozi, Buda, Salomón, David, Virgilio, Agustín, Isidoro, Eloísa, Abelardo, Genoveva, Teresa, Francisco el de Asís, Fray Angélico, Leonardo, Miguel Ángel, Rafael, Maquiavelo (puedes creerlo), Jorge Manrique, Garcilaso, Juan de la Cruz, el autor de la Epístola moral a Fabio (que nunca quiso decir su nombre), Shakespeare, Cervantes, Gohete, Hölderlin, Novalis, Mozart, Haendel, Bach, el

insoportable Hegel, el mismísimo Nietzsche... Todos ellos disfrutaron en su momento de estos jardines, copularon con las huríes y los efebos y jugaron mucho al ajedrez... Puedes intentar buscarlos, no los encontrarás...

—¿Y dónde están?

—Antes de responderte me haré a mí mismo una pregunta: ¿Qué puedo hacer en el Paraíso? Puedo retozar con una hurí o con muchas, con un efebo o con muchos, en alcobas incomparables que dan a jardines ascendentes y descendentes; también puedo jugar al ajedrez en los quioscos blancos, a la sombra de los cedros y bebiendo hidromiel, y puedo pasear por los jardines interminables del valle del rey Salomón, bañarme en sus fuentes, sus piscinas, sus lagos, sus cisternas... Puedo igualmente subirme a

los árboles para disfrutar mejor del panorama o mantener discusiones filosóficas con otros benditos o con los ángeles, que a veces bajan a los jardines colgantes para dedicarse a placeres que Dios no les permite y para hablar del ser y el no ser, pero no mucho más.

—¿No mucho más?

—Miento. En realidad aquí es posible hacer todo cuanto desees, pues la imaginación cobra un poder inmenso en el Paraíso y pueden materializarse todas tus apetencias. Durante mis cien primeros años aquí, no me dediqué a otra cosa, y solo he conocido la felicidad.

—¿Entonces por qué te quejas?

—No me quejo, pero me atengo a lo que me han dicho los que llegaron hace siglos.

—¿Y qué te han dicho?